

DE GOYA

que se aplicaban los entonces modernísimos métodos de enseñanza del pedagogo suizo Enrique Pestalozzi. Fué esta tentativa una de las mil que se han hecho en España para mejorar la enseñanza, y a su calor unos cuantos señores se apresuraron a ensalzaria, colmando, al pasar, de elogios al Príncipe de la Paz, con la esperanza de que éste, en cuyas manos estaba España entera, favoreciese con pingües cargos, más o menos pestalozzianos, a los corifeos de aquella iniciativa, que además difundíase con facilidad, pues traía consigo un ambiente simpático. La escuela de Madrid se instaló en la calle de San Bernardo, número 5, y poco más tarde, en el número 3 de la calle de la Paz, donde siguió hasta que en 1808 apareció un real decreto, disolviendo la escuela, desperdigando a escolares y profesores y declarando el fin de este pedagógico ensayo sin darle el tiempo preciso a que rindiese sazonado fruto. En este lapso de tiempo, entre fines de 1806 y comienzos de 1808 debió pintar Don Francisco Goya el retrato de Godoy que bajo el rótulo de «Un militar español» y en la venta por testamentaria del mobiliario de la viuda de un celeberrimo dramaturgo, fué subastado en el Hotel de ventas poco tiempo ha, sin que le valiese el figurar en el catálogo de la obra de «Goya» del Dr. Mayer y sin que la triple dedicataria que en español, en latín y en alemán, ésta última, sin duda atendiendo a la nacionalidad suiza de Pestalozzi, figura en el cuadro, iluminase las dudas de los expertos, que no lo fueron mucho en este caso.

El cuadro es obra admirable, aun siendo como es, retrato oficial, y por lo tanto, sometido a normas de sujeción que el temperamento fogoso de Goya debía sufrir malamente. El Príncipe de la Paz se nos muestra de cuerpo entero, de pie en una terraza que domina los otros términos de la pintura.

Está revestido con un coruscante uniforme de áureos bordados y galones, donde pequeñas anclas señalan que quien lo reviste es alta autoridad en la marina. Muchas cruces, cuyos metales trató Goya con su especial y donosa factura, las anchas sedas de varias bandas, el Toisón de Oro, pendiente de una roja cinta, la espada coquetamente guarnecida de borlas, hacen de aquel hombre una muestra de elegancia suntuaria y de riqueza cortesana. La mano izquierda sostiene un bastón de mando muy lucido y también un libro abierto, donde aparece el retrato de Pestalozzi en una página y en otra el letrero siguiente: «Educación Pública de Henrique Pestalozzi», así con H, falta ortográfica que hace pensar creyó Goya que el nombre de pila del insigne profesor se escribía a uso alemán, pues tal error lo repite al poner bajo el retrato del pedagogo: «H. Pestalozzi».

Ante Godoy hay una lápida blanca donde, como antes digo, se lee en español, en latín y en alemán el rótulo siguiente: «El Serenísimo Señor Príncipe de la Paz, Generalísimo y Almirante de España e Indias, restaurador de la Educación española», todo ello trazado con la limpieza pendolística de entonces y el acostumbrado uso de abreviaturas. Tras Godoy, un pétreo busto del rey Carlos IV avanza sobre el horizonte su naso borbónico, agudo y fuerte como el tajante de una nave. Godoy es tal y como lo describió Alcalá Galiano en sus recuerdos, al pintarlo de buena estatura, lleno de carnes, algo agobiado de espaldas y de rostro correcto y afable, un poco añiada la expresión y sin traza alguna de aquella energía que tan necesaria era entonces a los gobernantes europeos, para manejar sin zozobrar en las aguas revueltas de la agitada política internacional sobre la que pasaba, como un mortífero huracán, la constante inquietud napoleónica.

La diestra de Godoy señala con gesto elegante un bello pabellón clásico adornado de columnas y relieves y donde léese «La Educación de los Españoles», y que es, por decirlo así, la evocación simbólica de los pisos de las calles de San Bernardo y del Pez, donde se acomodó la enseñanza pestalozziana, seguramente menos decorativos que el templete trazado por Goya. Ante él se agrupan los escolares.

Esta reunión de muchachos es gratisima a los ojos y en ella despliega Goya todos sus dotes de gracia, de frescura delicada y de jugosa naturalidad. Ella sola hace del cuadro una obra admirable y maravillosa. Los chicos contemplan al Príncipe de la Paz con tierno pasmo y afectuosa admiración, cual se merecía quien se había desvelado por ellos. Conformes al método instructivo de Pestalozzi, traen en manos escuadras, martillos, pizarras, mapas, con los que trabajarán instruyéndose. Uno de los escolares, que tiene un rostro malicioso y algo golfesco, señala con la mano a Godoy y lo muestra a sus compañeros. Al fondo, donde verdean follajes, otros chicos recogen con entusiasmo las palmas del triunfo para, sin duda, arrojarlas al paso del restaurador de la educación. Poco tiempo después se lo llevó todo el adverso destino. Gracias a que de ello quedó este hermosísimo cuadro, que añade un lauro más a la corona del insigne maestro aragonés.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

MARQUÉS DE LA TORREHERMOSA

